

JUVENTUD

Año I.

Madrid 10 de Octubre de 1901.

Núm. 2.

España por siempre

Tal vez entre por mucho en la general simpatía con que ha sido acogido el primer número de JUVENTUD, nuestro deseo de hacer labor nacional, de estimular las energías latentes de nuestro país, donde tantos son á disolver, á desacreditar, y tan pocos á hacer labor constructiva.

Trátase de encarrilar á la nación por nuevas vías; formúlanse remedios prácticos que, aplicados á otros pueblos, han dado resultados felices, sin contar con que tal vez fomentando el desarrollo de la personalidad hispana según su ley, sin recurrir á métodos educativos exóticos, podría lograrse mayor y más sazonado fruto, por lo mismo que sería más natural y más espontáneo.

Hablándonos de esto cierto ilustre amigo, nos indicaba lo mucho que en España hay oculto y que saldrá á su tiempo, cuando se den condiciones favorables para ello. En la notabilísima Revista de D. Federico Rubio se han revelado un buen número de notables trabajadores desconocidos; como ellos, otros habrá que guarden en sus carteras trabajos de gran valor, hasta que les llegue la hora del alumbramiento.

Además, una gran parte de las bellezas, usos y costumbres de nuestro país permanecen ignorados, por incuria de unos ó por la falta de medios para darlos á luz que otros padecen.

Se impone aquí, por lo tanto, una labor de descubrimiento llevada á cabo por un explorador profesional ó por la serie de observadores atentos que en la capital, como en el rincón tranquilo de su aldea, ó en el campo, puedan sacar á ojos de las gentes lo que por tanto tiempo ha estado escondido. JUVENTUD pone sus columnas á disposición de aquéllos que en la observación del fenómeno local—de cualquier orden que sea—puedan aportar notas nuevas, datos interesantes para el perfecto conocimiento de nuestro país, donde tantas cosas hay dignas de estudio y mención, sino que la costumbre de verlas á diario las ha despojado para muchos de todo su mérito.

Abierta siempre á toda idea noble y generosa, nuestra Revista impónese como primer deber el de contribuir también al despertar

de la patria, dando—sin desatender las enseñanzas de otros pueblos—la máxima importancia al descubrimiento de las propias energías, á la exaltación del espíritu nacional que, entre algunos defectos, tantas cosas buenas tiene. De ese espíritu que nos enardece y levanta cuando le vemos reproducido, como estas noches, por ejemplo, en el último acto de *La gobernadora*, de Benavente, donde, al diablo las teorías estéticas y las normas prácticas de composición y desarrollo, un sentimiento delicioso campea; el sentimiento íntimo de la raza, que eriza las medulas de nuestros huesos; el alma rediviva, brava y simpática de nuestra tierra, encarnada en la joven aristócrata que, de pie en el palco, enajenada, delirante y semisalvaje, palmorea frenética en la fiesta española por excelencia; la misma que, encendida por un pase *especial* del diestro—pase de artista—agonizante de placer recóndito exclama:—¡Ay, yo me vuelvo loca! Como si aquel juego que tantas generaciones anteriores á la nuestra han aplaudido, sacudiera con extraño y ansioso espasmo los fondos íntimos de su natural primitivo y apasionado.

LI. A.



MITAD GATO

¿Que de dónde le vino el mote? Vaya usted á saber. Quizás de sus hábitos de felino; tal vez de sus ojos nictálopes, profundos y serenos. Unos ojos que metían miedo á las muchachas y á los niños. Ya se sabía en el pueblo; cuando un rapaz se emperraba en llorar, el conjuro «¡que viene *Mitad gato!*» era bastante para que el ceporro se metiese todo silencioso y medroso entre las faldas de su madre.

Por lo demás, el *coco* no era malo.

Unicamente cuando el río se helaba ó la tierra se cubría de una implacable corteza de nieve, era cuando el hombre aquel hacía á pelo y á pluma.

No era ladrón, no, señor; pero si en los días de carpanta le salía al paso un pavipollo ó un lechoncete, él se ingeniaba para meterlos en el zurrón sin que los animalejos dijeran pío. Es lo que él pensaba. ¿No se engullian las águilas del aire todo lo que hallaban á su vuelo? Pues *Mitad gato* no iba á ser menos que las alimañas del campo. Esos bichos que se criaban porque Dios quería... A él también lo había criado Dios. Conque saque usted la consecuencia.

Habiendo trabajo, á cada uno lo suyo. Pero así que cerraba el tiempo, y no había de qué echar mano, ¡qué demonio! lo que había en España era de los españoles.

El no había leído á Prudhom; pero sabía por instinto que de lo último que debe morir un hombre, era de necesidad... ¡Morir de hambre cuando hay tantas criaturas que no pueden comerse — así vivan mil años — todo lo que el buen Dios, ó el pillo del demonio, les ha dado!...

El derecho á la vida es indiscutible. Robar, no; pero vivir era necesario.

El no robaba; lo que hacía, era apañar lindamente lo que necesitaba para acallar los latigazos del hambre. Unos latigazos que algunas noches le hacían aullar como á los lobos... Además, *Mitad gato* no apañaba nada á los pelentrines. En todo caso, *hacía* por los ricos. ¡Pues hombre, no faltaba más!...

Y la prueba elocuente de que *Mitad gato* no era malo, es que durante el verano escapaba tan ricamente. Y así, con el esparavel en el río, las trampas y ballestas en los cotos y todos los artes y trebejos de ambulante pajarero, ganábase el pobre su miserable vida.

* *

A la hora en que da comienzo el relato de esta interesante historia, iba el hombre tirando, aunque con grandes fatigas. Toda su familia consistía en una perra; también tenía una hija — que era un alma de Dios, por lo buena y hacendosa — y una suegra, que por lo beata y chismorrera debería arder en los infiernos. Total, ¡cinco bocas que había que mantener!; porque el tabuco donde vivía era para él la boca más exigente...

* *

Pues, señor; que un día dijeron en el Cabildo, hay que vender los propios, y los propios se vendieron. En el pueblo se contaba que un señorón, venido hacía poco de la ciudad, muy noble y muy cristiano, había adquirido, después de una gran comilona, el monte y las laderas y los ríos y los picachos. Todo, todo lo amojonó. El tal había hecho en menos de diez años un capitalazo. Prestaba á los pelentrines al 50 por 100 en los seis me-

ses escasos que duraban las faenas agrícolas... ¡Alma mía! También se contaba que del producto de la enajenación había hecho mangas y capirotos el Cabildo. Total, cuatro mil duros, de los cuales los pobres del lugar no vieron ni un ochavo. Para eso más valía que no se hubiese vendido nada; pero la política era eso. Engordar los ricos y á los pobres que los parta un rayo.

Lo inaudito era que el señorón, el intruso, había apoderado á un sujeto de Sevilla *para vender en cinco millones lo que sólo cuatro mil duros le costara...* (1) Y con esto, y con poner una de guardas jurados que metía miedo, los hombres que antes trampeaban con un dudoso trabajo, vinieron á convertirse en feudatarios del cristiano y honrado prestamista...

Una de las víctimas de la enajenación de los propios fué *Mitad gato*. Su constante pesadilla eran los guardas jurados, que se habían empeñado en que él y su perra se muriesen de hambre. Porque su hija tuvo que ponerse á servir en la ciudad.

¡A servir! A eso fué... pero se contaba que la habían llevado á una cierta casa, y allí, con engaños, la convirtieron en una señoritinga... después de engatusarla y de empeñarla por no sé cuántas onzas...

Mitad gato no quería que la bruja de su suegra le hablase de aquello, así que acabó por arrojarla de su lado con muy malas razones...

Hasta que un día lo trincaron á él los civiles, y juntando las denuncias que se habían escrito en su contra, lo metieron en la cárcel del partido, lleno el cuerpo de bizmas y el ánimo de reconcomios...

Tres años después lo conocí.

Y en su lenguaje pintoresco y medio selvático me decía:

—Mire usted, señorito; en el presidio se estaba muy bien. Se está mejor que en el pueblo. Allí, dos ranchos todos los días. Su abrigo en el invierno y el trabajo que no mata. En siendo humilde y en no metiéndose con nadie, se vive tan ricamente. Al principio es duro el oficio; pero luego, créame usted, se acostumbra uno y no hay que pensar en civiles, ni en que le fien á uno en la tienda, ni en que si huela, y en si se pierde la cosecha, ni en nada... Lo que más me podía en el pueblo, era la injusticia... Eso de ver que solamente los ricos tienen derecho á robar, clama al cielo... A mí me llevaron al presidio por coger una carga de leña en los terrenos que habían sido propios... El invierno era crudo y no era cosa de helarse, y mire usted, me hicieron un favor... Porque créame usted, señorito... en el presidio se está mejor, mucho mejor que en el pueblo...

Y el infeliz *Mitad gato* decía verdad.

Porque al paso que vamos; al presenciar constantemente la infame iniquidad que impera, la impune brutalidad del fuerte, su insaciable egoísmo y la imbécil pasividad de los humildes, el único sitio donde se podrá estar con decencia y con sosiego será el presidio, el providente, el calumniado presidio... oasis de paz y de ventura del héroe de esta historia...

Una historia verídica é interesante... Una de esas historias que de puro repetidas, de puro frecuentes, vienen á convertirse en el pan nuestro de cada día...

Y por lo mismo que son ciertas, á nadie, ó á casi nadie, le interesan.

PEDRO BALGAÑÓN

(1) Absolutamente histórico.

LA ECONOMÍA MODERNA

La cuestión de los consumos, hoy sobre el tapete, tiene un aspecto que no ha sido señalado debidamente.

La economía política, como todas las ciencias sociales, debe su desarrollo é importancia al desenvolvimiento de todas las ciencias naturales; la astronomía, la física y la química y la ciencia biológica, no tendrían razón de ser si no se aplicaran á la felicidad humana.

La economía política es hoy mucho más compleja que lo fuera antaño; así la vieron pensadores tan perspicaces como A. Comte, Stuart Mill y Herbert Spencer, y lo proclama toda la sociología moderna.

En España estamos, desgraciadamente, aún en el período en que la ciencia biológica es letra muerta; aquí no hay aún un hombre político que pueda pasar por lo que se llama un hombre de Estado; se descuida por completo el dato biológico; es decir, la máquina hombre; y cuando hace ya un siglo casi que se ha demostrado la genealogía, dependencia y unidad de toda la ciencia, cuyo objeto formal es la felicidad del hombre, en este país vemos cosas verdaderamente estupendas. La mortandad es enorme, y no se hace nada contra ello; se falsifican y adalteran los alimentos, lo cual debía constituir un delito gravísimo, que ataca á la vitalidad de toda una raza, y son delitos que pasan impunes, y tantos otros que podríamos citar, pero nos basta uno solo para dar idea de la ignorancia que en asuntos biológicos tienen aquí el pueblo y los gobernantes. La ignorancia es tan palpable que salta á la vista.

La energía con que una idea se convierte en acción, está en relación directa con la representación mental de esa misma idea; es lo que vulgarmente se dice «querer es poder», lo cual equivale á decir: «Cuando el deseo, mejor, la idea ó la representación mental de ese deseo, es muy fuerte, la realizamos». De esto se deduce que si en nuestro pueblo ni gobernantes ni gobernados hacen nada para evitar males tan graves para la prosperidad de la patria, como son el disminuir la cifra enorme de la mortandad y el no castigar como un verdadero crimen la adulteración de los

alimentos, es preciso reconocer que están completamente ignorantes de la significación de esos hechos. Aplicando la psicología que hemos citado antes, tenemos un dilema: 1.º No se pone remedio á esos males, porque se ignoran en absoluto; es decir, no existe la representación mental de dicha idea, y por tanto, su resultado como acción, nulo. 2.º La idea del mal se representa de una manera vaga, incierta, borrosa, que no es bastante á convertirse en algo, no es suficientemente intensa para resolver en consecuencia.

La economía, como toda ciencia social, está dentro de la biología, y tratar de resolverla sin ella, es un puro desatino. Así como vemos en una obra de arte combinarse armónicamente todos sus elementos, sin lo cual no sería tal obra de arte, de la misma manera el político, el gobernante ó el hombre de Estado, para resolver cualquier problema social, ha de aplicar proporcionalmente el elemento biológico, ó el resultado será monstruoso. El problema de si debe ó no suprimir los derechos de consumos para los artículos de primera necesidad, es de una importancia tan capital en estos momentos para España, que solamente desconociendo lo que significa la alimentación para el individuo y para la especie se puede resolver en contrario; y así se hará, porque los que dirigen la política lo desconocen y faltando ese dato, que faltará, no podrá resolverse el problema de una manera armónica; es decir, la obra no resultará por no saber combinar hábil y proporcionalmente el elemento biológico, indispensable hoy en toda cuestión social. Resultará lo que al artista que, queriendo hacer una estatua, le hiciera la cabeza, el talle ó las piernas desproporcionadas, por no saber medir y combinar proporcionalmente los elementos de la obra.

Es tal la importancia de este asunto, que, ya que hace poco se dieron en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias sobre el caciquismo, nos parece esta ocasión más oportuna, y asunto de mayor trascendencia, para que el Ateneo tomara á su cargo abrir una información en este sentido.

ENRIQUE LLURIA



BALADA DE LOS GOLFOS⁽¹⁾

Venid, yo tengo para vosotros
también un poco de corazón;
mientras riendo pasan los otros,
venid, yo tengo para vosotros
una canción.

¡A ver! mostradme los dientes blancos,
los ojos grandes, los pies deformes
y los harapos sobre los flancos;
¡A ver! mostradme los dientes blancos
de lobos jóvenes.

¡Bravo! Dejadme que me convenza
de vuestros odios y vuestros crímenes;
habladme todos—no os dé vergüenza—
¡bravo! dejadme que me convenza
de que sois viles.

¡Pobres muchachos! Yo he de mostraros
el gran remedio de vuestras penas;
sagradamente quiero educaros,
¡Pobres muchachos! Yo he de mostraros
vuestra riqueza.

¿Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas
deshilachadas, corre la sangre;
¡tended las manos á vuestras copas!
¿Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas
tenéis la carne!

¡La carne ubérrima, la carne viva!
y carne y sangre vuestras entrañas,
cuando os desprecie la raza altiva

gritadle: «¡Somos la carne viva
que os amenaza!»

Y entrad en vuestra carne sangrienta
y oíd el ruido de vuestra sangre;
niños de larga faz macilenta,
entrad en vuestra carne sangrienta
y haced grandes!

¡Sed los esposos de las pasiones!
y bajo el forro de vuestras venas
—¡gloria á los músculos y á los tendones!—
sed los esposos de las pasiones
contra las vírgenes de las ideas!

No creais nada, no aprendais nada,
salvajes míos, niños feroces;
reid á todos con la mirada,
y, en todo nuevos, no aprendais nada,
mis lobos jóvenes.

Sed criminales y hacedos fuertes,
mis pequeñuelos, mis redentores;
vais, como piedras, rodando inertes;
pero ya es tiempo de haceros fuertes
entre el ejército de las pasiones.

Yo mi esperanza pongo en vosotros,
los dominados del corazón,
y—triunfen unos ó triunfen otros—
yo tendré siempre para vosotros
una canción!

EDUARDO MARQUINA

(1) Del libro *Églogas*, tomo XXIII, próximo á publicarse, de la «Biblioteca Mignon».



EL ARTE Y LOS ARTISTAS

Benlliure, académico

La grandiosa figura de nuestro primer escultor se nos ha escamoteado ayer por arte de berliquite berloquite. Se nos ha desvanecido entre las manos como el humo en el aire. No es la primera vez que sufrimos una de estas decepciones. Siempre que abre la boca uno de nuestros artistas hay que echarse á temblar.

Ayer hubo de tocarle el turno á Mariano Benlliure con motivo de su recepción en la de San Fernando. Ayer, por primera vez en su vida, tuvo nuestro grande hombre que explicotearse sobre su modo de ser, de ver y de sentir en el Arte; y resultó... que estaba hueco.

Ya lo habíamos presumido.

Pero ¿cómo ha ocurrido la cosa? No lo sé. He aquí como yo me la figuro:

Benlliure come con unos cuantos amigotes valencianos más ó menos escritores, y les dice: Dos años hace que soy académico electo. Me parece llegada la hora de tomar posesión. Pero hay por medio un condenado discurso que no tengo tiempo ni humor para enjaretar. ¿Por qué no me lo hacéis vosotros? La cosa es bien sencilla. Se trata de contentar á los señores académicos, gente cangreja y conservadora. Ataques al modernismo, al impresionismo y á todos los en *ismo* que esta gente tiene atravesados. Un finalito en pro de la eterna belleza, representada por los modelos académicos; loor á la disciplina... y santas Pascuas. Los amigos se ponen á la obra. El discurso está hecho. Mariano lo firma, los académicos aplauden satisfechos, y aquí paz y después...

Después, la rechiffa general. Yo he dado en suponer que el discurso no es de Mariano, porque son demasiadas tonterías para un hombre solo. Pero puesto que él asume la responsabilidad, aguante la zumba.

El anarquismo en el Arte. «Los llamados impresionistas van derechos al anarquismo artístico. El resultado de su obra es el mismo demoledor y caótico que producen en la sociedad los anarquistas de acción con sus actos destructores.»

Y á usted ¿quién lo mete á guardia civil de las artes? ¿Quiere

usted explicarme qué forma de gobierno les aplicaría usted? ¿La monarquía constitucional? ¿La unión federativa? Es cómico eso de protestar contra el anarquismo artístico. O usted vive en el limbo ó debía usted saber que el Arte es puramente individual, que se han acabado las escuelas en que un hombre se tomaba el trabajo de pensar por todos, y estaría usted agradecido al impresionismo, que fué en sus albores la primera batalla contra el odioso código de la pretendida belleza objetiva y del Arte por recetas... Pero todo esto es viejísimo. El impresionismo triunfó. Las agrupaciones artísticas acabaron, las manadas se disolvieron. Y hoy todos los intelectuales son impresionistas, porque al sentido común substituyó en hora buena el sentido propio; á la piara más ó menos compacta, la pluralidad de individuos perfectamente distintos y aun opuestos; á la disciplina, la libertad, y al gobierno, en esas esferas, la anarquía; y bendito sea el arte que realiza el primero los sueños más atrevidos. Usted se asusta, como un pobrísimo diablo que es usted, y abdica ante académicos de lo personal, de lo propio, de lo osado y demoledor... Zola, Mirbeau, Anatole France, Sebastián Faure, Jean Grave y Heredia, van á comparecer mañana ante jueces un poco más terribles para defender al anarquista poeta Laurent Tailhade, el cual, como usted sabe, lleva el anarquismo un poco más allá del Arte.

Vuelvo al discurso, que sigue dirigiéndose á los impresionistas.

«Propagandistas sin moral, sin ideales, sin la disciplina de una escuela, capaces, por las diversas formas de su insania, de destruir, pero no de edificar.»

Sin moral, dada la moral que á usted puede caberle en la cabeza, estamos de acuerdo. El Arte no ha tenido nunca maneras de predicador en Cuaresma ni pujos de doctrino. Está muy por encima de lo que vosotros llamáis el bien y el mal y no se polariza á gusto de los filosofastros. No trato de que usted me entienda, y sigo.

Sin ideales, ya es otra cosa. Jamás ha habido tantos; cada uno tiene el suyo. Lo que hay es que no se apiaran para nombrar un heraldo con bocina que pregone el ideal común; porque todo lo común, á ver si lo oye usted de una vez, se ha terminado para siempre.

Sin la disciplina de una escuela, sí, señor; como que son anarquistas. Hace mucho que acabaron las escuelas y con ellas se nos fueron las disciplinas. Quedan las Academias de quienes nadie hace el menor caso, y se conservan en estado fósil, como una curiosidad de otros tiempos.

«El impresionismo es tétrico». Esto es como si dijéremos: «El

mar es triste». ¡Si el impresionismo no es igual en ningún artista ni en ningún momento! Qué endemoniado afán de soltar frasecitas. ¡Y por qué es tétrico, hombre, el que cada uno vea las cosas á su modo y las pinte como las ve? A menos de que usted tenga la receta de cómo son las cosas inmutablemente. Por lo demás, el impresionismo significa dos grandes alegrías: la multiformidad de la vida y la libertad del artista.

«El impresionismo es criminal, porque buscando formas nuevas mata la verdad del arte.»

¿Pero cuál es la verdad del Arte si no es el propio Arte, el cual se da en mil formas y maneras, y desde que el mundo es mundo no ha sido una sola vez igual á si mismo?

A fuerza de disparatar exasperará usted al más flemático. Dice usted que es la Naturaleza lo que hay que copiar, y por otro lado preconiza las escuelas y el maestro. Posee usted el don de contradecirse, pero lo aplica al revés. Dice que la crítica siguió á la creación. Pero recomienda crear según la crítica y se declara usted en posesión de la Verdad del Arte.

«Hay que acabar con esta raza de degenerados». Lo que es preciso acabar es con las rutinas, que son el síntoma de las degeneraciones irremediables.

Y para no ponernos de mal humor, acabaremos también aquí con el negro discurso de recepción. Le hago gracia de todas aquellas cosas del ideal social y de la solidaridad en el Arte, como si se tratara de una sociedad cooperativa ó una empresa de seguros sobre la vida. Paso por alto sus ideas respecto á la enseñanza técnica y aquello de que «el temperamento es en el hombre consecuencia de lo que le rodea, y se forma para no variar nunca desde los primeros años», contradicción que usted mismo me hará el favor de apuntarse. (Claro está que si el medio cambia, como no puede menos de suceder, cambiará el temperamento formado por él, y aunque no estuviera formado por él, ó la evolución es una dulce broma.)

Lo que no he de pasar por alto es la paella de nombres de obras y autores que usted nos sirve para demostrarnos cuál es el fondo de su cultura y predilecciones literarias. Véase la clase:

«Así se escribieron *Juan José, El drama nuevo, El gran gaileoto, El nudo gordiano, Tierra baja*, en cuanto al arte dramático; *El sombrero de tres picos, Pepita Jiménez, Doña Perfecta, La barraca, Pequeñeces, La Papallona, Sotileza*, en cuanto á la novela en España. Así se escribieron *Madame Bobary, Le père Goriot* y toda la *Comedia humana, Tartarín, Boule de Suif, Germinal, La Terre, Lourdes*, en Francia. Así se escribieron *Cuore* y *Los*

viajes, *Il Fuoco*, en Italia. Así se escribieron el *Fausto*, de Goethe, y el *Don Carlos*, de Schiller. Así *Ana Karenine*, *Guerra y paz*, *Resurrección*, en Rusia. Así se escribió, en fin, la famosa biblioteca de Dickens...»

Delicioso: El *Fausto* y *El nudo gordiano*, *Madame Bovary* y *Tierra baja*, *El sombrero de tres picos* y *Don Carlos*. Está usted aviado.

Si usted cree que con esos gazpachos en la cabeza se puede ser artista, se va usted á divertir.

No soy quién para juzgar técnicamente sus esculturas. Espectador, declaro que no me satisfacen la mitad que un Rodín, Falguière ó Moreau-Vauthier. Había creído ver en ellas, sin embargo, algo, poco, muy en contra de lo que ha dicho usted á los señores del margen. En detalles de finura sospeché un alma algo más inquieta, personal y atormentada de lo nuevo, que en otros escultores de por acá. Más le hubiera puesto al lado de los decadentes que de los académicos.

Para terminar. Sigo creyendo que no ha escrito usted su discurso y sentiría equivocarme. Esas ideas no son las suyas. Puede que usted, en cambio, no tenga ninguna. Pero así estaría más cerca de tenerlas buenas.

MANUEL MACHADO



LITERATURA RUSA

TCHEKOFF

Este escritor, de talento dramático tan discutido, el mejor *conteur* de la Rusia contemporánea, muy superior por su estilo á Dostoievski y digno de ocupar un sitio al lado de Tourgueneff, Gontcharoff, etc., es detallista, como ninguno, de rincones del alma y de la vida. No hace más que miniaturas; por fortuna, el mérito de una obra no se mide por el número de páginas de ella. Se ha dicho que Tchekoff no sabe ver ni reproducir sino la vida mediocre de individuos desamparados moralmente; de los que sufren bajo el peso gravísimo de una existencia que no se hizo para ellos y en la cual se agitan desesperadamente. Pero ¿quién podrá hacerse solidario de tal reproche, presentando su obra la excusa suprema é inatacable de la belleza?

Según son sus cuentos y novelas, es su teatro. Valiéndose de medias tintas, de cambiantes y reflejos sobre un fondo desesperadamente gris, triste, refleja la vida, de provincias, rusa con todas sus pequeñeces y mezquindades, con todas las miserias y sinsabores que envuelven, como red invisible, á seres llenos de fuerza y vida, de aspiraciones nobles y generosas, enzarzados en ella á su pesar. Los vemos rebelarse, impotentes, creyendo á medias en sueños á los cuales no quieren renunciar, tratando de consolar las tristezas del presente con transportes entusiastas hacia un futuro que ha de venir á llenar de dicha el mundo.

Esta dicha llegará en brazos de la ciencia y el saber; durante su reinado acabarán los hombres por conocerse y comprenderse; se ayudarán entre sí; serán disipadas las tinieblas, y un cielo puro y radiante brillará sobre todos sin que quede recuerdo de las miserias presentes.

Todos cuantos hoy vivimos y sufrimos estamos preparando ese porvenir; somos trabajadores desinteresados y anónimos de su advenimiento, desconocidos para las generaciones futuras, que no tendrán para nosotros un solo recuerdo.

¿Cuándo llegará la nueva edad dorada?

—Dentro de cien, doscientos, trescientos años—contestan los héroes de Tchekoff, y se complacen en alejar la fecha en que los

sueños habrán de realizarse, para evitarse sufrir nuevas desilusiones. Todos son instruidos, medianamente inteligentes, honrados, capaces de abnegación y sacrificios; ni mejores ni peores que el común de los hombres. Pero han estudiado; salieron de sus agujeros provincianos y conocieron, antes de entrar nuevamente en ellos, la vida más activa de las capitales y círculos universitarios; han respirado el aire vivísimo de una civilización más intensa; sus ojos contemplaron horizontes dilatados. La vida de provincia, uniforme, monótona, vacía y triste, les pesa; se sienten como cautivos en ella; sus esperanzas se han oscurecido; estrelláronse contra la rutina conservadora de habitantes limitados.

Tal vez se hallen también trabajados por el indefinible é inquieto sentimiento que posee á los héroes astrosos de otro novelista, Gorkij; son de la misma familia que ellos; más ricos en bienes materiales; más pobres de energía y voluntad.

Vémosles luchar, hacer esfuerzos por librarse, sin poder lograrlo, sufrir y deplorar su vida, perdida y malbaratada, y asistimos al drama lento, tristísimo de todos los días; al pasar de las horas, apenas interrumpido unos instantes por algún episodio inesperado, necesario; vuelve la calma tras la borrasca, prosigue la vida su curso ordinario hasta el momento del eterno reposo, y cae el telón; la función se ha terminado.

Realmente, los caracteres retratados por Tchekoff, no son de verdaderos enfermos; tienen sus *tics*, sus pequeñas manías que el autor se complace en poner de relieve; pero nada más.

Es cierto que el tío Vania, en la obra del mismo nombre, dispara dos veces su revólver contra el profesor, su antiguo cuñado, y trata de suicidarse después, sin motivo aparente. Pero el tío Vania ha sacrificado veinticinco años de su vida á este profesor á quien suponía un hombre superior, no obstante ser una nulidad; ha pasado toda su juventud en el campo, administrando una propiedad cuyas rentas permitían á éste llevar una vida cómoda y fácil, perteneciendo la propiedad al tío Vania y á su hermana. Cuando á la muerte de ésta el profesor se casa de nuevo con una mujer joven y bonita, el tío Vania considera muy natural seguir sirviéndole, como hasta allí, las mismas rentas. Por fin, el profesor, viejo, enfermo, egoísta, autoritario y estúpido, usando de su ascendiente sobre su suegra anterior, quiere vender la propiedad que no le pertenece, para vivir descansadamente en el extranjero. El tío Vania, conociendo entonces la inanidad de sus antiguas creencias y la inutilidad de su sacrificio, de su vida facasada, perdida para siempre, siente agitarse dentro de sí cóleras sordas. Además, como consecuencia de su vida aislada, sin trato con las

gentes, enamórase perdidamente de la mujer del profesor, y la sorprende en brazos de un amigo de éste, el doctor Astroff. Entonces su razón se ofusca, no sabe lo que hace.

Vuelto en sí de esta crisis, deja ir al profesor y á la mujer de él y toma de nuevo los libros de contabilidad, que lleva con su sobrina, la hija del profesor, á quien seguirá sirviendo la misma renta de antes; esa renta de que él no se ha aprovechado jamás.

Tómase generalmente como signo de locura en las *Tres hermanas*, de Tchekoff, la frase—ridícula en boca de ellas—«á Moscou, á Moscou», que encierra sus más caros deseos, los sueños más hermosos acariciados en el fondo de la provincia fea y gris, adonde su padre, coronel de artillería, las llevó un día, abandonando á Moscou para tomar el mando de un regimiento.

El padre, al morir, dejó á sus tres hijas y al hijo una casa, más el penoso sentimiento de ver cómo pasaban los años más hermosos de su vida lejos de la capital que tan niñas dejaron y cuyo infantil recuerdo se las representaba embellecido por la distancia... como una especie de Paraíso terrestre.

Quieren vender la casa, partir para Moscou, donde el hermano se dedicará al profesorado y las hermanas se casarán á su antojo, hallando ocupaciones en armonía con sus gustos y aptitudes.

Pero el engranaje de la vida, una vez en marcha, arrastra en su mecanismo y movimiento á las cosas y á las personas.

El hermano se casa con una provinciana que llega á dominarle; una de las hermanas consiente en ser mujer del último mono de un colegio local; la mayor se hace institutriz; la más pequeña telegrafista.

Y pasan días.

El empleado del colegio llega á inspector; la institutriz, á directora; la telegrafista se va á casar con un oficial que deja las filas para colocarse en una fábrica donde poder trabajar y hacer labor útil. La casa es hipotecada por la provinciana, que hace lo que quiere, y coloca el dinero á su nombre.

El regimiento se traslada; el novio de la hermana menor resulta muerto en duelo la víspera de su matrimonio por otro pretendiente; el hermano, incapaz de obrar y de querer, pasea sus hijos, de poca edad, por las avenidas del jardín. Las tres hermanas quedarán eternamente encerradas en la ciudad muerta, vacía, polvorienta, gris; al caer el telón, abrazadas las tres, repiten: «¡á Moscou, á Moscou!» y el público se da cuenta de que nunca podrán venir á él, de que no conseguirán arrancarse de una vez al engranaje que las cogió y las arrastra.

He dicho que los héroes de Tchekoff no eran enfermos de espí-

ritu ni de cuerpo, y lo sostengo. Sin embargo... fáltales bastante energía para llegar á normales. La culpa no es de Tchekoff, que ha copiado la realidad, como gran artista y excelente médico, y la realidad nos dice que las enfermas son las cosas, que la época de reorganización, de remoldeamiento que se anuncia y cuya influencia estamos experimentando sin saber bien adónde vamos ni adónde debemos ir, ha roto el equilibrio moral de la mayoría; que existe una desproporción enorme y evidente entre el reducido número de los que están al nivel de la civilización moderna y las masas considerables ignorantes y grises.

SERGIO RAFFALOVICH

Moskva, Septiembre 1901



¡CALCULO, FRIALDAD, TENACIDAD!

Convenientísimo le es un cierto grado de insensibilidad al hombre cuando éste se halla colocado en ásperas condiciones de vida.

El salvaje, que desconoce los *conforts* de la civilización y carece de médicos y cirujanos, moriría si resistiese tan mal como nosotros el frío y el calor, las enfermedades y heridas.

Así, las razas dotadas de relativa insensibilidad genésica presentan la compensación de una energía activa mayor, un arranque más vigoroso de todas las energías del espíritu, una conciencia del deber más profunda, una mayor capacidad de trabajo metódico.

Sin esta frialdad sexual, la raza germánica no habría cumplido su misión en el mundo, ni corrido las aventuras maravillosas en cuyo fondo ha encontrado la potencia y riqueza de hoy. Esta raza, en la lotería de la historia, sacó mal número, pues le tocaron en suerte las más desdichadas partes de la tierra: cupiéronles á los tudescos las arenosas llanuras de la Europa central, sólo fértiles en abetos, patatas, etc.; á los ingleses, los angostos escollos en bravío mar, aislados, que llevan el pomposo nombre de Gran Bretaña; á los escandinavos, las extremas tierras habitables de Europa, la última y árida Thule, vecina á la región de los eternos hielos y de las noches semestrales. Jamás el sol, padre amoroso de los pueblos del Sur, ha sonreído á sus hijastros del Norte; la tierra fué para ellos madrastra más cruel aún, negándoles los frutos más sabrosos de la creación, aun el de la vid, del cual los benjamines del Mediodía habían de sacar el licor de la alegría y de la vida. En tales condiciones, el problema del vivir se presentaba grave, terrible; no hubiera podido resolverlo la raza sin aplicarse á él con energía indomable, y sobrehumana potencia de trabajo.

La raza germánica halló, naturalmente, en su espíritu lento y reposado tales energía y potencia, gracias á su frialdad sexual.

Una raza sensual como la española se hubiera estrellado ó vuelto á la barbarie ante las dificultades gigantescas que la germánica ha sabido vencer con tanta gloria para sí como para la humanidad, merced á un esfuerzo tenaz y prolongado. Gracias á su apagada sensualidad, estos pueblos han podido cumplir, en la práctica primero y luego en la teoría, la más grande revolu-

ción que han visto los hombres: afirmar con hechos que el trabajo y el deber, no el placer, son los ejes del mundo. Menos distraída por los inquietos estímulos sexuales, ha podido aplicarse con mayor asiduidad á meditar el problema moral y material de la vida, y con mayor energía á llevar á la práctica las resoluciones, concentrando en sí misma las fuerzas imaginativas y pensantes, sin disiparlas tras los fugaces placeres de la vida; ha creado en la moral, en la política, en las actividades prácticas, en el arte, etc., cuanto de menos frágil ha podido ver hasta ahora el hombre...; ha dado nacimiento en el mundo que se expresa en inglés, desde Melbourne á New York, al imperio más formidable por su vitalidad interior que se ha conocido hasta el presente; ha fundado en Londres la Roma moderna; ha creado los tres fenómenos sociales más maravillosos del mundo: el Parlamento inglés, la burocracia prusiana, el socialismo tudesco; ha creado el capitalismo industrial; ha transformado el sistema colonial, de bandolerismo rapaz, en un sistema menos absurdo de administración, que ve el modo de agradar á colonizadores y colonizados; ha dado al mundo tres ó cuatro síntesis filosóficas de las más colosales de la vida, dos de los poetas más gigantescos, y ha afirmado y llevado á la práctica la primera, la idea de la libertad intelectual y política...; ella dió el golpe de gracia á Napoleón; ha inventado la máquina de vapor y el telégrafo; ha encontrado el oro de California y Australia; ha roto las cadenas de la antigua esclavitud social é intelectual de la mujer; ha reanudado definitivamente las relaciones entre el Norte y el Sur, el Este y el Oeste; ha ocupado América y Oceanía...

En estos nuestros tiempos, tan fecundos en males, no parece sino que la felicidad social se ha refugiado en la última Thule de los romanos, en Noruega y Suecia, en Finlandia, en las extremas tierras habitables de Europa, conquistadas por la germánica raza. ¡Inolvidable impresión la que en el ánimo producen aquellas graciosas y tranquilas ciudades! No se dan en ellas cuestiones sociales ni terribles contrastes de clases; la riqueza está bien distribuída en la masa total, que no cuenta con Cresos ni Lázaros; la instrucción está tan extendida, que hasta los aldeanos se permiten el lujo de una instrucción superior, puramente teórica. La tierra persiste dividida todavía en gran número de propiedades, ni muy grandes ni muy pequeñas, de las cuales pueden vivir sin inquietudes, decentemente, el propietario y su familia, pudiendo concederse además el placer intelectual del arte y de la cultura; la industria se desarrolla en las ciudades sin la intensidad odiosa de explotación que destruye en otras partes las fuerzas físicas y morales de las clases obreras; el bienestar es general; muchos *conforts* de la vida, privi-

legio en otras partes de la aristocracia, son comunes entre las gentes del pueblo; la policía y cuidado de la persona, del vestido, calles y casas, es meticulosa y universal. Todos, hasta los hombres pertenecientes á los oficios más humildes, como son los criados, sienten y respetan la dignidad personal; en las relaciones entre las diversas clases, entre gobernantes y gobernados, interviene cierto espíritu de deber y no la fuerza bruta; penetra y se infiltra por doquiera un lógico y sincero espíritu de democracia, simplificando los órdenes y costumbres de la sociedad, cambiando la esencia moral de las jerarquías, transformándolas de sujeción servil en espontáneo y cordial reconocimiento de la superioridad intelectual.

¡Helsingfors, Abo, Stockolmo, Cristianía! Jamás olvidaré vuestras calles, anchas, limpias, tranquilas, blanqueantes, en cuyo fondo resplandece el Báltico azul; en ellas tuve por primera vez una visión solemne del mundo moral, la visión de una sociedad fundada sobre la razón y no sobre la fuerza; de una sociedad progresiva sin que este progreso hiciera víctimas; laboriosa, no hambrienta de oro; libre de toda opresión intelectual, política, económica. ¡En ellas sentí la conmoción misteriosa y aguda, acre casi, que se experimenta en el claustro solitario de un monasterio en ruinas, cuando en el silencio parece hallarse uno cara á cara con el infinito y el misterio invisible, y el rumor de un soplo de aire, de un insecto que pasa zumbando, de una brizna movida por el viento, semejan las voces del misterio que se nos quiere revelar por signos misteriosos!

En la lucha empeñada contra la madrastra Naturaleza, la raza germánica ha obtenido el supremo triunfo de fundar las sociedades más ordenadas, más prudentes y cautas, morales y felices, en las tierras más frías y menos iluminadas por el sol.

¡Qué sobrehumano esfuerzo de energía no ha costado esta victoria!

GUILLERMO FERRERO

Milán, 1901.



CIEGA

El sol acababa de ocultarse detrás de una colina cubierta de mieses en sazón, que parecían arder tocadas del fuego del astro.

Ignacio, el hijo del cortijero, que me servía de espolique, se había quedado bastante atrás, conversando con una muchacha de coloradas mejillas y recias caderas, que se cruzó con nosotros poco hacia, llevando sobre la cabeza un húmedo cántaro.

Entonces gocé del sugestivo silencio de la naturaleza en la montaña desierta, silencio interrumpido antes constantemente por el mozo con su charla armoniosa y banal de niño grande.

Rápidamente obscurecía.

Las lejanas mieses habían dejado de brillar con llamaradas de fuego nuevo, y rojeaban ahora como ardiente rescoldo. Una nube transparente y delgada, que se extendía por el horizonte, semejaba los últimos vapores de extinguido incendio, que el viento prolongara sobre los campos.

La humilde cabalgadura que me llevaba, seguía marchando con paso igual, suave y tranquilo.

Sentí una carrera precipitada y la voz de Ignacio, gritando que me detuviese.

Cuando llegó junto a mí, jadeante, díjome justificando su prisa y sus voces:

—Aquí, el camino es peor, y ahora de noche, como no conoce usted estos vericuetos...

—Creo que ya cuidará la burra de no despeñarse.

—De eso usted había de ocuparse y como no conoce usted estos vericuetos...

—No tengo miedo; los asnos pisan muy bien y ésta parece acostumbrada.

—Sí, pero hay que guiarla; porque es ciega.

Cogió el ramal de la cabezada y, colocándose delante del animal, caminó por la estrecha vereda, contándome la historia de la ceguera de la burra.

—Se la escogí á usted esta tarde porque es muy suavica y muy mansa. Desde que cegó se volvió muy mansa. Mi padre la compró jovencilla. Dos años llevaba en el cortijo cuando parió por primera vez; ¡un muleto más precioso!... pero mi padre no quería que criara y lo mató. Al otro día la madre comenzó á buscarlo por todos lados, como una persona propiamente, al principio tranquila; luego, cuando no la encontró, se puso como loca. No servía atarla porque cortaba la cuerda con los dientes y se iba al campo buscando, buscando. Dos ó tres veces tuve que salir á traerla desde más de dos leguas de la casa; por lo scaminos, por las veredas, siempre buscando á su hijo. Cuando se convenció de que no lo encontraba, se quedó más pacífica; pero todas las mañanas amanecía con los ojos cerrados por unas legañas tan duras, que teníamos que lavárselos

gran rato para que los pudiera abrir. Entonces nos miraba con una tristeza que daba lástima. Al cabo de ocho ó diez días se alivió. Pasó tiempo; tuvo un pollinillo, y mi padre lo volvió á matar. Y vuelta á las escapadas y á ponérsele enfermos los ojos. La aperadora decía que era que lloraba por el crío y se le ponían malos por el llanto. Esto mismo ha pasado siempre que ha parido, y cada vez tardaba más en sanar. Mi padre se empezó á quejarse de que tropezaba mucho, creía que estaba *atroná*. Llamamos al veterinario y dijo que tenía un mal, que no me acuerdo cómo se llama, que la dejaría del todo sin vista; y sin vista quedó. Pero la aperadora sigue empeñada en decir que se ha quedado ciega de tanto llorar por sus hijos muertos. Antes era muy brava y trabajaba regular; ahora ha perdido el genio y en cambio hace la labor de tres. Na se rinde nunca y como la lleve uno bien, no tropieza en nada. Por eso se la escogi á usted esta tarde, porque es muy suavica y muy mansa.

Caminamos todavía largo rato por entre los riscos, siguiendo el estrecho caminito.

La luna asomó por detrás de un

monte, y cuando hacía una hora que iluminaba el pintoresco paisaje, llegamos á la cabaña, término de nuestra expedición.

Delante de la puerta se extendía un prado poblado de manzanos jóvenes, doblados bajo la carga de los frutos maduros que se esponjaban á la humedad del rocío.

Eché pie á tierra, y cuando me disponía á entrar bajo el techado de paja, vi que á mi cabalgadura se le había reumido un pollinillo de pocos días, que restregaba su cabeza bajo la redonda panza de la borrica, buscando la ubre repleta y carnosa.

—Es el único hijo que mi padre le ha dejado criar—, me dijo el espoli-que viendo la atención con que contemplaba el grupo que formaban bajo los manzanos.

Por lo visto, los animales son también desgraciados como los hombres.

La pobre madre pasaba con delicia el húmedo hocico sobre los lomos del solo hijo que no le había sido arrebatado, acariciándole con amorosa insistencia, frotando mansamente contra la suave pelusa de sus ijares los tristes ojos ciegos...

J. SÁNCHEZ GERONA



EL FIN DEL ARTE

No he logrado encontrar, hasta la fecha, dos opiniones que coincidan en apreciar el verdadero fin que el artista debe proponerse al realizar su obra.

Benlliure, en su brioso discurso de ingreso en la Academia de San Fernando, truena contra el anarquismo artístico y rompe lanzas en pro del Arte socialista. Para el laureado escultor la obra ha de ser producto de un esfuerzo colectivo, algo semejante al de las abejas que, en comunidad, trabajan en la colmena para rellenar de mieles los rubios panales.

Unamuno, pensador hondo, cerebro culto, ha puesto la autoridad de su palabra y las gallardías de su pluma al servicio de un Arte que es enseñanza y siembra generosa de ideas. Para el Rector de la Universidad salmantina, el Arte ha de encaminarse á lo docente.

Un vibrante cronista portugués, desconocido ó poco menos en España, aboga, en carta que á la vista tengo, por la conversión del Arte en apostolado que, evangelizando conciencias, sea piqueta demoledora para los castillos feudales del capital y redención para los siervos encadenados con el férreo grillete del trabajo.

Manuel Reina, deslumbrante poeta andaluz, predica en cinceladas estrofas el Arte todo azul, como cielo sereno; el Arte religión de la idea; el Arte holocausto á la Venus inmortal, á la Belleza triunfadora.

Anatole France, con delicadezas que son sátiras y con ironías que son ternuras, ve en el Arte al buzo que se afana buscando la felicidad; felicidad que, en Arte, denomina talento.

Jullien de la Gravière—declarando con más sinceridad que acierto que no es la ciencia ni la fuerza física el distintivo de los hombres—entiende que el fin del Arte es poner de relieve «el carácter humano», las palpitaciones del alma, único elemento diferenciador de un ser y de una raza.

Cien y cien otros testimonios pudiera aducir en demostración de la disparidad de los criterios, esencialmente subjetivos, que vienen aplicándose para juzgar acerca del fin que debe perseguir el Arte.

¿Cuál es ese fin? Declaro honradamente que á mi juicio es la creación de obra que responda á las necesidades del espíritu moderno y á las exigencias del momento actual.

Si los anarquistas del Arte vienen á edificar sobre las ruinas de un pasado... ¡bien venidos sean!

Más que de las pobres concepciones engendradas por la rutina, y antes que de los frutos secos de los cultivadores de rancias leyendas, estamos menesterosos de aire oxigenado, de plena luz, de orientaciones atrevidas, de revolucionarios heroicos.

Decía Hervé que algunas existencias de menos eran bastante para cambiar la marcha de la Historia.

Pues bien, borremos del libro de nuestra inteligencia unas docenas de vidas menguadas y habremos modificado la marcha del Arte.

El Arte nuevo, el Arte joven, nuestro Arte, ha de ser hoy homicida.

Tal vez no falte quien nos crea locos. ¡Qué importa! Traubat dijo que en el mundo los que no son locos son peores que locos.

M. R. BLANCO-BELMONTE



LA BELLA DURMIENTE

¡¡La vill...

La vi de pronto estremecerse, despertar aterrada en el silencio de su alcoba lujosa.

Vi en sus ojos de espanto aparecer el alma medio loca, mientras los finos músculos temblaban, se retorcían de horror bajo la piel mate, palidísima, y las manos en vértigo estrujaban las ropas echándolas de sí con violencia. Yo vi su rostro fino, delicado, contraerse con mortal demacración; perder la línea suave del perfil correctísimo, su encanto soberano; hundirse en sus cuencas los ojos; dilatar la ojera su sombra hasta los pómulos. Yo vi sus labios, negros ya, temblar; la rubia cabellera gloriosa agitarse y caer por la desnuda espalda, semejante á mar incontenible de anhelosos deseos que en infinitos puntos la besara, con cada una de las hebras de oro.

Sus pupilas ardiendo interrogaban á las mudas paredes, donde la lámpara veladora proyectaba impasible, fantástico flujo y reflujo de sombra...

Vila atender con su alma toda, con la extrema acuidad del sentido en los instantes últimos, al crujir doloroso de los muebles, al leve oscilar de las colgaduras, á los rumores íntimos de su propia vida que la abandonaba; al duelo inconsciente de unas flores, que en artístico vaso de vidrio llameado, deshojábanse en un rincón sobre la columna de mármol y malaquita.

Su seno escuálido, azuleante, levantábase con angustia, descubriendo el tesoro de sus pétalos puros, fuente de amor y de dulzura. Sobre él centelleaban la cadena y la medalla de oro.

Vila tender á una quimera sus manos crispadas por el horror; juntarlas luego con fuerza hasta hacer crujir sus huesos; y arrodillada, dirigir á Dios, como un ángel bellísimo, expirante entre holandas, el último ruego; la postrera deprecación de aquella boca amada, que rendía al cielo su tributo.

Eché menos el ara resplandeciente, la voz del órgano poderosa y erizadora; el llamear de los cirios humeantes, iluminando el sacrificio de aquella vida blanca, inmaculada.

Caía inánime la copa de amor puro, rígida y tranquila, como durmiente, al tiempo que parecía doblar por ella la campana del vecino convento, dando al aire sus sonos tristes, acompasados, quejumbrosos.

Las religiosas debían estar en oración, pegada al suelo la frente.

Hubiérase dicho que aquella campana sufría también; que agonizaba, con desmayado acento de pobre, de enfermo, de cautivo.

Parecía un lamento. Una voz más, doliente, en la elegía de la vida; en el concierto de las que se elevaban, antes ya de brillar la nueva luz, junto á la cuna del alba que nacía, la excelsa frente orlada por diadema de morado y oro.

J. M. LLANAS AGUILANIEDO

